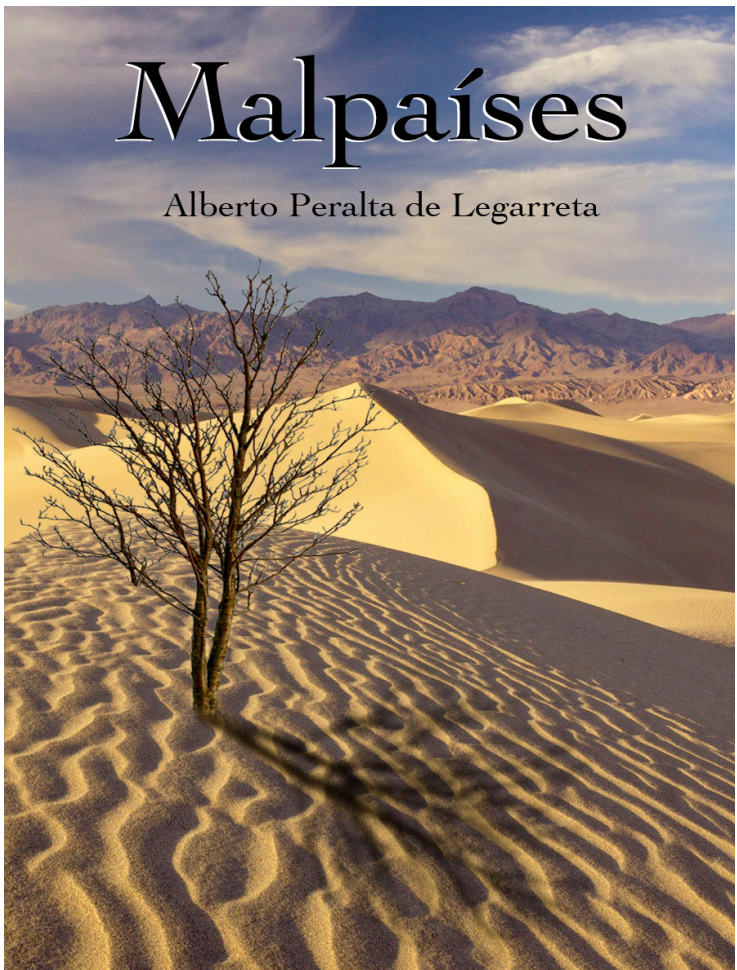
Malpaíses

Alberto Peralta de Legarreta



1996- 2014 ® Alberto Peralta de Legarreta

La reproducción de esta obra se permite
bajo las condiciones establecidas por *Creative Commons*

Consulta la última página para conocer esta licencia.

Malpaíses

Alberto Peralta de Legarreta

Ayutla

Creía que abriendo los ojos la lluvia acabaría por detenerse. Pero no. Volvió a cerrarlos porque la filtración era continua y su cara era cada vez más como un charco chocolatoso. La niebla verde parecía levantarse del suelo mismo, arrastrándose en silencio entre las ramas, a través de las paredes y el columbario. Sólo se veían las cruces, blancas como el primer día, pulidas como el cascarón de un huevo, marchitando las flores amarillas que las cubrían para seguir existiendo.

En el sendero las hojas perma
necían quietas. No había viento. En Ayutla, del otro lado de la verja, aún se escuchaban los cantos piadosos y las campanillas de consagración. Había unas pocas mujeres rezando, un padre a quien él no conocía y unos niños chapoteando en el lodo. Escuchaba con claridad sus pasos y saltos, sus gritos cercanos.

–Dios nuestro Señor conoció también la muerte y nosotros no somos nadie para creer que es mala. Debemos orar por el eterno descanso de las almas de los muertos que hoy recordamos.

Le parecía escuchar la voz del padre detrás del altar, apagándose como si estuviera muy lejos, como si sólo el eco le llegara y las palabras no fueran para él. No eran para él, lo suponía.

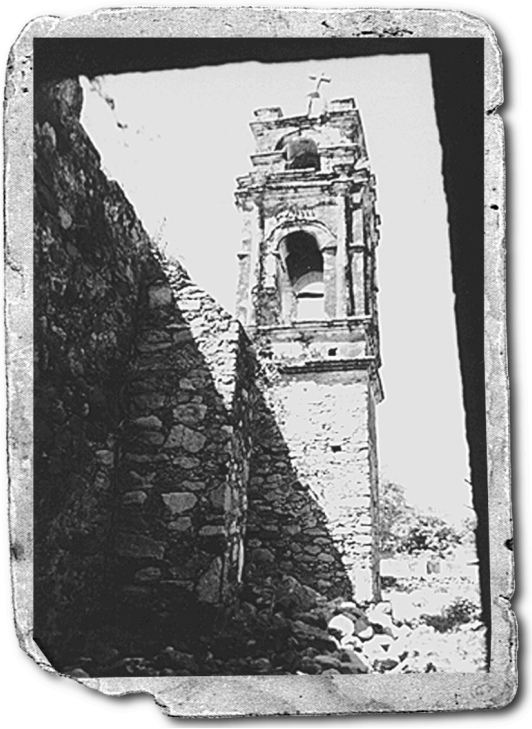
–Seguro que los difuntos y sus almas hoy no alcanzan el Cielo– decía otra voz, notablemente carcomida –Por más que les recemos; la lluvia les apagó las veladoras y han de andar todos desencaminados.

–Que el señor se apiade de ellos.

Podía incluso escuchar a las viejas santiguarse repetidamente, cosa que al parecer les hacía sentirse más aliviadas al salir de la iglesia e internarse en la neblina. Las campanas doblaban por última vez ese día de noviembre que se tornaba ya en noche. El padre cerró la pesada puerta y la única luz que le quedó fue la de los rayos violentando los ojos de buey y sus vidrios rotos.

–De veras– dijo el padre para sí mismo –lo que es hoy, el infierno va a ser más fácil de encontrar. Y se volvió una sombra más sobre las losas del atrio.

Abría los ojos cuando quería recordar y a veces los cerraba demasiado tarde; el agua se los inundaba y para él, como para cualquier otro niño, eso era como llorar.



Le parecía escuchar la voz del padre, apagándose como si estuviera muy lejos, como si sólo el eco le llegara y las palabras no fueran para él.

En la ventana

–Porque el aire era helado, déjame decirte.

No le contesté a mi madre porque no le estaba poniendo atención. Se echaba aire a la cara con un soplador y se quejaba a cada momento del bochorno. El sol caía pesado como plomo fundido y el viento parecía hecho de fuego. A mí esa vez no me importó. Sentado en una mecedora de mimbre deshilachado observaba a la gente pasar por la plaza, junto al quiosco y los ancianos que leían su periódico en las bancas. El pueblo me era extraño. La casa era de un estilo muy antiguo, con un patio central rodeado de habitaciones. Las ventanas empezaban casi al ras del suelo y sus gruesos barrotes estaban ahí como una barrera impenetrable donde uno, al ponerse detrás de ellos, tenía la sensación de poder observar sin ser notado.

–Dicen que cuando el aire está tan frío es porque viene cargado de almas sin descanso.

Ahí la vi por primera vez, caminando como si flotara, sonriendo con esa boca diminuta guarnecida por su cara blanca. Tzasná era entonces sólo una niña como yo pero no pude alejarla de mi vista. Tenía el cabello corto, un cuerpo pequeñito, ágil, y un algo que no pude acabar de descifrar pues al terminar de cruzar la plaza ella desapareció al dar la vuelta en una esquina.

–Qué raro. De pronto me entró el frío. Igualito que esa vez.

Me levanté de la silla precipitadamente y ésta siguió meciéndose mientras yo me pegaba a los barrotes, gritándole a la niña que se detuviera. No me escuchó. Me di la vuelta sintiendo como si algo me hubiera golpeado, algo como un carbón ardiendo que me achicharraba el estómago. Volví a la ventana. Ya no vi más sol, ni gente, ni quiosco, ni calle.

–Epigmenio, a veces se me olvida que nunca has estado aquí.

Torbellino

Algunas lagartijas están caminando en hilos concéntricos; otras se levantan rasgando el aire al girar y sus gritos acallan la noche. En el suelo, a un lado, el polvo bulle balbuciendo palabras ininteligibles. La luz de un fósforo lo alumbra todo de súbito y mis pupilas se dilatan de inmediato para acostumbrarse primero al fogonazo y luego a la tenue y efímera luminiscencia. Como si fuera natural, camino bajo el torbellino que pugna por elevarme. Otras lagartijas se aferran a mi rostro, a mis párpados, mimetizándose al color de mi piel por un momento antes de ser arrancadas por el viento ululante. De mi boca escapa la risa, una risa como de agua, frágil e inasible.

Al detenerme, presiento que uno de mis ojos es el ojo de la vorágine. Es el hueco de un muerto lleno de sabandijas indefensas; de él brotan la tierra y el polvo cegador. Cuando ya me he hartado, lo cierro y me vuelvo momentáneamente tuerto. Regresa la calma. Despierto. Me sacudo las lagartijas aplastadas sobre el cuerpo y camino despacio hacia el enterradero, junto a la iglesia de Ayutla. Niego con la cabeza; lo inteligente es no volver nunca al mismo sitio.

La Familia Farías

–Rosendo Farías y Hortensia sólo tuvieron un hijo– me dijo una vez cierta anciana de Ayutla –Pero no me crea, joven, yo no sé nada. Y la verdad es que nadie en el pueblo parecía saberlo con certeza, porque a pesar de conocer a los Farías de muchos años, los habían tratado sólo durante las fiestas comunales. Algunos recordaban que sus padres les contaron cuando a Don Rosendo le tocó la Mayordomía de San Pablo, el santo patrono de Ayutla, y llevó a la banda de músicos más grande que se hubiera visto por ahí.

–No reparó en gastos. Adornó el pueblo como no ha vuelto a verse y se paseaba feliz del brazo de Hortensia, su mujer, que si mal no recuerdo, qué extraño, por aquel entonces estaba esperando de nuevo. Epigmenio, entonces un escuincle, correteaba entre las piernas de la gente que había venido de muchos pueblos a nuestra feria.

"Esa vez, sólo Dios sabe qué año fue, vino a Ayutla más gente que nunca. A don Rosendo lo queríamos para presidente municipal, pero él se negó. Una vez que entregó su cargo de mayordomo no se le volvió a ver en muchos meses.

"A Epigmenio, un niño chiquito e inquieto, todos llegamos a conocerlo bien. Nos decía que sus

papás le daban permiso de salirse de la casa para que no anduviera aburrido. A Epigmenio yo a veces le daba de comer, pobrecito, todo mugriento y enclenque. Me contaba de su casa y dizque de su hermanita. Yo nunca le hice caso porque ya ve cómo son los chamacos de inventores, joven. Pero luego me acordaba de doña Hortensia, tan bonita ella, embarazada, y veía a su hijo atracándose en mi casa con lo poco que yo podía darle. No, joven. Si sí sé, pero prefiero mejor decir que no sé nada.

Le dije a la anciana que afuera de las ruinas de la casa Farías existía una pequeña tumba escondida bajo las plantas en una esquina del jardín.

–Uy, vaya usted a saber– me dijo con un vaivén de la mano –Podría ser hasta de un perro.

Afuera de las ruinas de la casa Farías existía una pequeña tumba escondida bajo las plantas en una esquina del jardín.

Malpaís

Cuando aquellos ojos verdes colapsaban, cerrándose en la aparente inocuidad de un parpadeo, el desierto poblado de abrojos de repente se congelaba. El vendaval producido por el aleteo de sus pestañas se me metía por la nariz y por debajo de las uñas forzando un estremecimiento y dejándome después inmóvil. El decidido andar de Tzasná era de fuego aun entre las espadas de hielo de su desierto, lleno de cristales enormes que en otro lugar habría tomado millones de años en formarse. Entonces no era sólo ella, sino sus infinitas réplicas, reflejos de ella y de su cuerpo que derretían todo a su paso fingiendo saciar la sed de las arenas y las rocas estériles del yermo. Luego todo era fundirse a sus pies y entregarle todo rastro de voluntad; ser tomado por sus manos con el deseo profundo de que no fueran sólo un espejismo y con suerte ir a parar a sus labios, a su interior, al abismo ardiente donde la vida sabía a deliciosa extinción.

Por donde caminan los fantasmas

Aquí el agua corre despacito acariciando los montes, como si los estuviera lavando con mucha calma. Para llegar hasta aquí hay que salir de Ayutla por el rumbo donde se quiebra el sol y subir entre los matorrales y las piedras. Lo más difícil es vencer la tentación de quedarse allá arriba, porque uno siente que puede tocar las nubes cuando pasan por encimita de los árboles y el aire es tan claro que dan ganas de tumbarse y respirarlo por si se le ocurre acabarse. Pero la atracción de la punta del monte es un engaño, porque está todo seco, no hay agua y desde allí se puede todavía ver el pueblo y el humo de los fogones saliendo de las casas. Entonces la cosa es voltearse pronto hacia el otro lado, hacia las montañas que están más allá del valle, porque si no, siente uno antojo de regresar aunque no haya para qué. Creo que soy el único de Ayutla que ha aprendido a salir. Lo sé porque yo mismo he hecho mi vereda y nunca he visto en ella otras huellas que no sean las mías.

A veces me tardo un poco en llegar hasta aquí. La bajada al río está llena de espinas y alacranes y el lugar que escogí para llegar es el más empinado de la cañada. Pero tan pronto llego a la orilla me siento aquí solito, hasta que anochece, en una piedra plana que está debajo de un sauce llorón. Este árbol es

grueso y grande y me cubre del sol. No me gusta el sol. Algún día tendré un sombrero y entonces podré caminar sin cerrar los ojos y quemarme la cara. A mis pies, donde el río revuelto forma una poza y se calma, el agua se vuelve más cristalina y baja la voz para dejar cantar a lo que queda de viento. Yo me sé esa canción. Es una tonada que sólo se puede cantar en la cañada, donde camina la gente que como yo no quiere saber nada de su mundo. La cosa es que hay que ponerle mucha atención al agua, porque hay veces en que el silencio no lo deja a uno escuchar bien, y entonces de pronto ya no hay con quién platicar. Cuando esto sucede, aparecen dos águilas volando suavemente en el cielo, que son las que velan mis sueños sobre la piedra plana. Me gusta dormir junto al agua porque su arrullo me lleva a lugares verdes y llenos de flores, o cubiertos de neblina, o al mar, que ni siquiera puedo imaginar a pesar de lo que me han contado. Aquí los sueños tienen la frescura de la brisa. Aquí nadie me puede ver llorar. Es que en Ayutla todo es desiertos y calor. En Ayutla estoy solo y no siento ganas de hablar. Aquí puedo aprender la calma de las rocas y buscar los ojos de mi mamá en los destellos de los charcos. Hay veces que escucho su voz en la madeja del viento. Es sólo un murmullo sonriente y pacífico que se desvanece, que se va más allá de las montañas y del camino de la sierra, lejos, donde algún día habré de alcanzarla cuando ya no juegue a las canicas y deje de ser el niño que ella dejó al partir.

Aquí el agua corre despacito como si fuera acariciando los montes, como si los estuviera lavando con mucha calma.

Caminar

De día, untado de sol; de noche, cubierto por la luz ceniza de una luna que parecía sonreír inmisericorde. La tenue claridad de la noche le daba forma a su rostro, que como un mar de claroscuros era devorado por la tierra agrietada. Epigmenio pensaba sólo en caminar y no volver la cabeza, aunque de nada le hubiera servido; hubiera visto lo mismo en cualquier dirección: nada. Es que ese paraje inhóspito le robaba todo el sosiego que afuera hubiera podido conseguir. El infinito se tendía en el horizonte y parecía ser su único habitante, el dueño de toda la extensión. Epigmenio era allí un transgresor, lo sabía; sólo un observador anhelante e incansable. Cuando el ardor disminuía, miraba las rocas y los abrojos calcinados que eran su alimento en la inmensidad. Recordaba haber estado ahí cientos de veces, y aunque no sabía cómo, siempre volvía. Despertaba.

–Es que soy muy necio.

Y siguió pateando las piedras.

De Parajes, Luz de luna y Zootaxia

La voz dijo:

"Andarás como extraviado, vadeando por las playas y manglares de una laguna grisácea que nunca habrás visto, y la arena se rendirá a tus pies inmortalizándolos hasta la próxima ola. Encenderás tu último cigarro aplastado, si es que aún te quedan cerillos, justo a tiempo para ver lo que creerás son delfines en el horizonte. Recordarás. Al llegar a la desembocadura el mar será sólo una idea azul, inabarcable, que violenta con fuerza los farallones mudos y arrastra ganandriles, esas criaturas rojas y negras que son arañas marinas babeando burbujas y cuyos ojos, saltones y retráctiles, te mirarán con odio al pasar.

"Pensarás que estás solo y sabrás que no es lo mejor, pero en la orilla estarás pisando despojos que ignorarás en tanto el mar y la temerosa bandada de cuasipollos que los devoran no se callen ni retrocedan al verte. Los pájaros huirán pero el agua seguirá rugiendo, tragando más arena de la que puede conforme la tarde comience a caer. Verás al faro encenderse y hacer parpadear su pupila roja; entre tus pies anidarán marimboyas que, traídas por la marea, remarán con su lengua entre la arena húmeda en busca de un refugio más seguro que el que ofrecen sus bivalvas. Ya de noche, las nubes tal

vez se abrirán un poco y el mar se tornará plateado. Mirarás la media luna bordeada por un arcoiris. Te digo que recordarás. Tzasná te dijo que la noche que nació hubo una luna semejante y el viento estaba así, en calma.

"Entonces voltearás para encontrarla sentada en la arena, sonriéndole a un horizonte a punto de extinguirse, como si no estuvieras. No intentarás tocarla. Y bautizarás el lugar con el nombre de *Playa Bicla* sólo porque se te dará la gana, porque la sentirás tuya con todo lo que esté sobre ella, con su Luz de Luna, sus ganandriles, marimboyas y escandalosos cuasipollos. Y te sentirás tuyo por vez primera corriendo por horas enteras hasta encontrarte en la mirada de Tzasná, quien al verte tirado y sin aliento se pondrá de rodillas sobre la arena y te murmurará al fin en el oído un ardiente «Deséame»".

Yo sólo la escuché.

Y la arena se rendirá a tus pies inmortalizándolos hasta
la próxima ola

Llegar

Tengo la impresión, aunque me gustaría decir la certeza, de haber llegado a un Ayutla equivocado. Enviado aquí desde la ciudad, nada de lo que veo, nada de lo que me han contado, parece existir ya. Los sonidos del campo y los charcos se fueron con el pavimento de las calles; los ritos, con la llegada de nuevas formas de encontrar a ese Dios esquivo. Todo aquí apunta a las licenciosas conquistas de la incredulidad. Vengo buscando ruinas y lo que encuentro son casas nuevas. Vine buscando fantasmas delineados con recuerdos y todo lo que encuentro son muertos sin memoria y vivos que se fueron quedando poco a poco sin palabras. Tal vez la niebla gris siga sabiéndolo todo, pero por más que le pregunto –no sin sentirme un poco tonto, he de confesar– nada dice de Epigmenio Farías, nada de los pasos que de él oculta. Envuelto en ella, en su frialdad, nadie podría parecerme más lejano en este momento.

Hubiera

Con una música que a mí me pareció infernal, enterramos a mi madre una tarde seca de julio. Mi padre no asistió a la ceremonia debido a su precario estado de salud después del accidente, pero yo sí estuve ahí. Lo normal era que todo Ayutla asistiera a los sepelios, así que no creo necesario decir lo concurrido que fue el de mi madre. Nunca vi tantas flores juntas, y dudo que ella tampoco. *Doña Hortensia no dejaba nunca de sonreír, era tan buena ella. Por qué Dios habrá querido llevársela. Oigan con qué tristeza toca la banda.* La banda, maldita sea. Un himno diabólico era su son calmo, irrespetuoso, estúpido. Esta gente no parecía darse cuenta de cuán muerta iba mi madre en su cajón de madera, de lo inútil de sus canturreos y rezos póstumos, del agua bendita esparcida por el párroco frente al cortejo, de sus dichos y recuerdos falseados, de los hubieras.

El sepelio de mi madre, la doña Hortensia que todos tanto respetaron, fue como una tertulia del llanto, una feria del dolor fingido. Con qué ganas me hubiera gustado reventarle el alma a más de un borracho doliente que hacía suya una pena desconocida y apoyaba su mano en mi hombro para decirme "la vida es triste, muchacho". *Mira cómo a pesar de todo Epigmenio se ve tan fuerte aunque no haya dicho una palabra.Ve cómo se traga las lágrimas y aprieta*

los puños; es el hombrecito que Hortensia y Rosendo desearon. Viejas miserables, de luto toda su desgraciada vida. Siguieron el ataúd hasta la iglesia llorando como lo que eran, viles plañideras sin afán de remuneración.

En casa mi padre deliraba: la carretera bordeando el barranco y las piedras de la terracería rodando entre huizaches hasta el fondo indistinguible de la cañada. A un lado, mi madre dormida sobre él recostada sobre su hombro con esa sonrisa que uno se pone al soñar profundamente al sentirse seguro. El polvo mezclado con niebla escondiendo al ya cercano Ayutla, la recua de mulas apiñadas en el camino al salir de una curva, el volantazo, el freno inútil, el vuelo...

Un viejo desconocido me miraba esquivo y triste bajo el nicho de San Pablo. Giraba el sombrero en sus manos y tenía el cabello aplastado. Entre los surcos de su cara pude ver una lágrima solitaria que se ahogaba, la única que vi salir de esos ojos vidriosos de forastero perdido. Tenía algo familiar en la manera de moverse, temblaba igual que yo al mirar la caja de mi madre. Quise saber quién era, hablarle; sólo que nunca supe en qué momento desapareció entre la gente.

La seño Hortensia, pobrecita, no tuvo tiempo de gritar. Viera usted su carita de calma, sus hoyuelos alegres como si nada hubiera pasado. Es que es una lástima que sus últimos momentos no fueran como ella quería. Si de

plano a todos nos ha de tocar, de perdida que nos avisen cuándo. *Ay, está usted llorando.* Es que no se vale, caramba. Tan buena que era ella.

"Yo no quiero morirme hecha una vieja inútil, Epigmenio. Quiero entender todavía todo y andar caminando como cualquier hijo de vecino. Lo que sí es que cuando me toque quiero ver a la muerte venir, así de cerquita, sentirla despacio y abrazarla sin pestañear; hombre, lo que es vivirla en todos mis cabales".

Con los dientes apretados pensé, al ver bajar al hoyanco el cajón que ahora era mi madre, que si ella hubiera ido despierta las cosas hubieran sido diferentes. Quizás su sonrisa hubiera sido otra. Hubiera. Estúpida palabra. Entonces no me daba cuenta de que el hubiera es un tiempo que inventamos para llorar, pero que jamás ha existido.

De lo que pasa todas las noches

No me gusta hablar de mis sueños. Los sueños son lugares y cosas inmateriales en las que uno puede perderse. Es más, son cosa de dar coraje, porque a pesar de todo el dolor que son capaces de llevar, no son más que la materialización de nuestra estúpida y perpetua curiosidad.

Ayer

A mi hermanita Dios me la quitó. Todavía ni nacía. No le habíamos visto la cara siquiera. Quedó en el jardín porque mi papá me dijo que allí iba a estar segura y calientita, que allí la íbamos a cuidar entre todos y que iba a estar contenta con un jardín encima y flores y gusanitos y una crucesita. Que dizque iba a sonreír. Puras mentiras. La calaquita que desenterré como seis meses después parecía muerta de miedo y a mí, después de echarle tierra encima de nuevo, se me olvidó Dios y hasta cómo se había llamado ella.

De Azucena

Caminaba, y la voz me habló:

No la cambiarías. No me salgas ahora con que olvidaste cómo fue descubrir su cintura y sus piernas, por las que pasaste tantas noches en vela. No me vengas con que después de tanto tiempo no la amas como antes pero que aún "la quieres muchísimo". Me vas a decir que esas horas eternas persiguiéndola bajo los árboles de la plaza viendo la risa que a ella le causaban tus torpes intentos y los montones de flores con que la inundaste ya no significan nada. No la cambiarías. No la cambiarías primero porque no puedes vivir sin ella y segundo porque no eres suficientemente fuerte. Tanto que llorabas, tanto que pedías consejos aquí y allá, tanto planear y pasar un frío de los mil demonios en el cafetucho haicendo como que nada pasaba, tanto hacerte el estúpido. Pero ya me sé la historia. Ahora querrías llorar y dar explicaciones de quién sabe qué tanto.

Tú y Azucena están hechos de la misma cosa, Epigmenio. Los dos se quieren tanto que se mueren de miedo nomás de imaginar que se pierden. Bueno, a tí te da miedo hasta aceptar lo que te pasa ahora con Tzasná. Te asusta pensar que es a ella a quien crees que quieres, pero callas con tal de no hacerle daño a Azucena. Ah, ¿verdad que sí la quieres? si

yo ya me sé esta historia, Epigmenio. Te digo. Con quién crees que tratas. Ándale, deja de tonterías y usa la cabeza. Acuérdate de la manera en que Azucena vibra y cómo eso a tí te pone como a una bestia; no se te olvide lo que es quitarle la ropa despacito y beber cada centímetro de su piel, cada gota de su tibia humedad. Piensa en los ratos en que su sonrisa es lo único que a tí te queda. Ella es lo más palpable que tú tienes; lo demás, si quieres, no importa.

Sí importa. A veces ni discutiendo conmigo me puedo quitar esta idea de la cabeza.

Un silencio

Un silencio que se tragaron las paredes, como de siglos rodando sigilosamente, fue el único testigo de su salida de Ayutla. Nadie más lo vio salir con sus manos vacías en los bolsillos ni quitarse de la camisa algunas hojas aún verdes que el viento arrebataba a los pirules. Ya de madrugada, por el camino de la sierra, se volvió un momento y contempló Ayutla sumido en su valle azulado de luna. Él mismo se vio azul y continuó la marcha, siempre hacia arriba, por la senda serpenteante. Los ojos encendidos de un gato se cruzaron con los suyos por un momento; todo comenzaba a despertar a su paso. Cuando el sol se asomó entre los montes, Epigmenio alcanzó a escuchar la fría campana de Ayutla, pero ya no quiso voltear. Algo se lo impedía y lo forzaba a apretar el paso hasta hacer que sus pasos sobre las rocas apagaran aquel ruido lejano. Esa era la primera vez que él salía realmente de Ayutla, de esa sierra que lo mantenía preso entre gente a la que ya no le importaba vivir.

Porque el pueblo era una prisión en donde las almas se quedaban mudas para convertirse en una débil lucecita incapaz de dar vida a los cuerpos. Atados a su rutina, los hombres labraban la tierra y bebían cerveza en los mismos vasos, las mismas mesas y con las mismas pláticas. Las mujeres apenas y asomaban la cabeza, atareadas como estaban en fregar pisos y platos que sucios hubieran

dado lo mismo. La iglesia llena, las cabezas cubiertas por velos y mantillas que el anciano párroco predicaba indispensables. Y los niños. En otros lugares habrían roto vidrios y corrido, pero en Ayutla, escuálidos y apenas vestidos, cuidaban milpas acompañados de perros gordos de lombrices y espantaban cuervos corriendo entre los surcos. Seguro que ahí ni los muertos estaban a gusto. Por eso se fue. Por eso ahora subía la sierra verde y llena de neblina, para ver si afuera de aquel enorme vacío, de ese entierro abierto, encontraba algo de vida. Por el camino no se cruzó con nadie. No habló ni con él mismo quizás para evitar emprender el retorno. Todo transcurrió en un alegre silencio. Y la neblina del camino lo hizo ignorar cuándo salió o si alguna vez lo hizo.

El café Destino

No siento miedo, ni pesar, ni nostalgia. Y este mundo desconocido es atrayente como nunca pensé. Cierto es que aquí la niebla es sucia y lo verde sólo se ve en la distancia, en montes salpicados de puntitos grises que son casas, que serán colonias y después ciudad. Ríos de gente caminando con la mirada fija, devorando porquería y media en las calles, atiborrando el transporte y arrojando basura. Yo parezco caminar en sentido contrario, siento sus hombros golpeando los míos, pero no tengo toda esa prisa. Este amanecer helado se parece a la soledad y la distancia. Sonrío y a nadie le importa, no existo ni tengo rumbo. Un café pequeño que encontré a la orilla de un parque tuvo cara de destino y fui a sentarme. Lo raro hubiera sido descubrir que mi mesa no fuera coja; pero de hecho, como en cualquier lugar, fue necesario doblar una servilleta y usarla de zapata para hacer que se estuviera quieta. De cualquier modo el desayuno fue bueno y mis cigarros una gran compañía.

El hado tiene un lugar y un rostro que a veces podemos ver. Esa mañana en el parque fue el de Azucena. Verla sentada allí tan en calma y sonriéndole a nadie con su piel morena mientras el aire le comía el pelo tenía algo de fascinante, de conmovedor, de irresistible. El café se enfrió

mientras la miraba. Parecía como si el tiempo estuviera trabado en la unión de dos vértices de conos invertidos, preso eterno del cristal. Entonces Azucena volteó y encontró mis ojos hipnotizados. Atrapado, sólo me quedó reír, darle un sorbo a la taza y bajar la cabeza.

Cuando volví a mirar, ella se había desvanecido.

Las noches difíciles

Las noches difíciles eran con Azucena y Tzasná, la primera de cuerpo presente, durmiendo con tranquilidad en su lado de la cama, y la segunda haciéndome el amor de manera despiadada, sin pensar siquiera en pasar inadvertida. Un sudor mezclado, hirviente, parecía inundar las almohadas y darle de beber a los besos. De tiempo en tiempo volteaba yo a mirar a Azucena al sentir que el movimiento y los gemidos se acentuaban, temiendo que pudiera despertarse. Pero no, no parecía darse cuenta de cómo mis manos se deslizaban por ese cuerpo blanco y pequeño, ni del balanceo del colchón, ni de los destellos verdes que emitían los ojos de Tzasná frente a la lámpara que manteníamos encendida durante la noche, ni las veces que estuvimos ausentes, elevados hasta lugares que sólo el ardor conoce. No, no lo notaba, a Azucena no le importaba respirarnos ni sentir nuestra piel a un lado fundiéndose en un calor que quizás le hacía falta. Sólo dormía como esperando el momento en que Tzasná y yo llegábamos al punto más alto, el del grito inevitable y las uñas hundidas en la espalda, ese momento que yo hubiera deseado eterno y que Tzasná aprovechaba para transformarse en nada, en un vapor impalpable y huidizo escapando de un abismo ardiente y tembloroso.

Después, la quietud asfixiante de la soledad.

–Ay, Epigmenio – dice Azucena – Si tenías tantas ganas, podías habérmelo pedido.

Silencio.

El espejo

Me miro en el espejo pugnando por reconocerme. Tantas arrugas han logrado esconder, si no borrar, los años de juventud y arrojo. De las miles de veces que he visto mi imagen a lo largo de mi vida, esta es la primera en que me pongo a reflexionar, llenándome de recuerdos. Veo a mi mano izquierda soltar el sombrero y, temerosa, tratar de alisar los rasgos plegados de mi rostro, descubrir bajo mis ojos los párpados vencidos, hallar que me faltan varios dientes y que mi barba y mi cabello son ahora blancos y frágiles.

Como si en su temblor pudiera adivinarse la incredulidad, mi mano derecha suelta también el sombrero, que cae a mis pies mientras mi cabeza se acerca al cristal. Ahora son diez dedos buscando a alguien entre los surcos; jalan, restiran la carne hacia los lados, hacia las orejas, intentando no deformar, agudizar los detalles dispersos en el olvido. Ahora mis manos han hecho un alto y tengo los ojos abiertos. Ahí estoy. Con el semblante enmarañado de dedos, en una situación por completo ridícula, veo a Epigmenio Farías sonreír.

Tras breves minutos de observación, mis brazos comienzan a sentir un hormigueo y hacen volver mis manos a su lugar, exhaustos. He vuelto a ser un anciano que recoge penosamente el sombrero que

dejara caer, tomándolo por los bordes y dándole vueltas en un movimiento ansioso, casi instintivo, a la altura del ombligo. Al encontrar mis ojos en el espejo de cuerpo entero reconozco bajo el peso de la memoria a ese viejo triste y temeroso de ser notado durante el sepelio de mi madre. No hay duda, era yo mismo; tiemblo como si estuviera en Ayutla en este instante, la tristeza me demuele, quisiera esconderme, huir y dejar ese lugar maldito; mis ojos se están nublando, me niego a llorar pero no puedo evitar que una lágrima resbale y reluzca en mi pómulo sin que yo tenga el valor para secarla con la manga de la camisa.

El dolor es insoportable y me doy la vuelta, dándole la espalda al espejo. Azucena está aquí, lo ha estado todo el tiempo; me lo dice mientras me abraza para tranquilizarme. Sólo estaba esperando a que yo regresara.

Cenit

Encontré una gota de agua en el malpaís mientras levantaba rocas incandescentes, cantos rodados por el viento y el calor eterno. Ahí se escondía temerosa de la mano extraña, se escurría entre los resquicios, se adhería a los granos de arena. Debió sentirse indefensa cuando la tomé y la puse en la punta de uno de mis dedos, pues temblaba y pretendía escabullirse entre los canales de mi huella dactilar, tan reseca y enjuta como el entorno solitario.

Después de mirarla durante un largo rato en el que el viento logró hacer que la arena enterrara mis pies hasta las rodillas, la gota de agua detuvo su oleaje y volvió a la calma; su mirada cristalina se posó en mi rostro, sobre mis labios agrietados y la piel que mi frente se quitaba como una víbora.

El sol arreciaba en el cenit. La gota comenzó a moverse y yo ahuequé la otra mano bajo mi dedo para evitar su huida, pero era inútil, pues no era ese su propósito. Lentamente, haciéndose más y más delgada, fue envolviendo mi dedo, mi mano; igual que un guante que pretendiera aislarlo todo, avanzó por mi brazo devorando arena en su camino al hombro y me subió por el cuello. Al pasar por mi cabeza, su frialdad me hizo salir del aturdimiento. La gota comenzó a llenar mi boca y resbaló igual

que una catarata buscando apagar el incendio de una sima ardiente.

Cubierto por la gota sentía un frío glacial que las lanzas del sol quebraban hasta sumergirme en una paz templada y reconfortante. A un lado, alrededor de mis rodillas y frente a mis ojos, un musgo espeso comenzó a reptar calladamente hacia el horizonte que había dejado de existir. Quizás bebí esa gota durante minutos enteros, años en los que los árboles a mi alrededor alcanzaron un grosor inabarcable y las flores se abrieron una y otravez ante mi vista. Había resucitado y me encontraba, de algún modo lo supe, envuelto por unos ojos profundos como aquel remanso, ojos de Azucena que habían dejado caer una lágrima que se escabulló entre los granos de arena sin decir siquiera adiós.

Oración a la orilla del mar

Y ahora el mar, las olas que rompen lejos de Azucena, las rocas bronceadas, el cielo fundido vaciado en tonos impensables de viento y agua, el silencio espumoso y suave, la vida revoloteando a mis pies. A mi lado yace una laguna de templanza envidiable, y a unos pasos, semienterrada en la arena, una bicicleta herrumbrosa cuya rueda aún da vueltas como las aspas de un molino abandonado y triste. Caminé mucho para conocer el mar y encuentro en él el más indescifrable contraste. Vine huyendo del inmenso ardor, de Tzasná, y estoy ahora ante otra inmensidad azul que quiere darme, parece, una tregua al anochecer. Indescifrable, digo también, por tener desierto y agua, juntos, mas con sus antiguos papeles intercambiados: Furia de la humedad, Paz en el médano.

He construido un techo con las palmas secas que dejó la marea; creo que podré dormir, lejos de todo, con serenidad.

Dejo a mi noche la tarea de ponerle nombre a mi playa. La marea será mi arrullo, los pasos de los cangrejos, mi guía en el sueño. Y el viento que ulula haciendo girar la rueda de la bicicleta, espero, mi única compañía, hasta mañana.

Bosquejo de un repetido naufragar

Es que Tzasná es como la tormenta. No es que yo no quiera a Azucena; es más, la amo por sobre todas las cosas. Pero ese barquito que era el estar juntos se veía empequeñecido de pronto por la fuerza irresistible, el vendaval huracanado que crecía al acercarse Tzasná. La zozobra era inminente pues siempre abandoné la nave sin que me importara cómo Azucena se aferraba a mí, cómo gritaba desconsoladamente sin entender una palabra mientras yo me ahogaba en un cuerpo al que yo le era indiferente pero que siempre estaba ahí para desquiciarme con su sonrisa y su caminar despreocupado.

Pude haberle ofrecido todo a Tzasná, no lo recuerdo. Porque durante esas tempestades yo era un ciego, un loco viviendo en la irrealidad más anhelada y ausente, una que no me dejaba reparar en que lo tenía todo a un lado, ni darme cuenta de que me habría bastado estirar la mano para sentir entre mis dedos la hermosa piel de Azucena, sus brazos y su confianza a toda prueba. Aún así yo caía una y otra vez sin poderle encontrar límite al deseo, a la esperanza de poder alcanzar el cabello de Tzasná, abrazarla siquiera una vez y besarla con la ilusión de que eso lo aclararía todo, que la haría mía o la apartaría finalmente de mí para entonces

volver sin tardanza a la seguridad de Azucena, lo único real que tuve siempre en mis manos.

Qué maniobra tan cobarde, volver luego al naufragio y achicar el agua y las lágrimas con ruegos y disculpas silenciosas, con la interna y estúpida seguridad de que nuestro barquito podría seguir a flote mientras yo no volviera a lanzarme y el fin de semana no terminara con la anunciada borrasca que era volverme a encontrar frente a la imagen de Tzasná.

En lontananza

En Ayutla las canicas eran de barro y en los jardines de la plaza los niños destrozaban las rodillas de sus pantalones en círculos terrosos y sin pasto como en cualquier otra parte. Me dicen que Epigmenio siempre era el primero en llegar a la cita después de las clases a las que él no asistía pues doña Hortensia se encargaba de enseñarle todo.

El niño Epigmenio escogía cuidadosamente cada una de sus canicas de entre los cientos que había en un vitriolero de la tienda de Ayutla. No le importaba tanto el color como su redondez, que comprobaba rodándolas sobre el mostrador, centrando en ellas toda su atención. Al final pagaba y sonreía satisfecho, como quien acaba de hacer un gran negocio, y salía de la tienda con las bolsas repletas. Invariablemente jugueteaba con una de las canicas lanzándola al aire y volviéndola a atrapar con la misma mano. Hubo gente que aseguró que siempre fue la misma canica, la que Epigmenio nunca perdió o bien, recuperó en incontables ocasiones. La traía consigo siempre aunque no jugara, y estaba tan despostillada y descolorida que muchos apostaron –y perdieron– que al siguiente impacto contra otra acabaría por romperse al fin.

Aun después de tanto tiempo muchos guardan recuerdos de la niñez de Epigmenio. Quien no lo

recuerda jugando lo mira a través de una ventana caminando solo en las tardes lluviosas, con sus pies descalzos cubiertos de lodo y las manos en las bolsas de los pantalones, los ojos abiertos y caminitos de gotas marcándose sobre sus mejillas pringadas de mugre. A él, dicen, le gustan especialmente los días anubarrados y húmedos; los usaba para subir él solo a los montes donde la niebla se concentraba y pasaba ahí muchas horas. Después bajaba empapado y tembloroso para comer algo con quien se lo ofreciera.

Epigmenio es un niño solitario. Se aleja de su casa y dice odiar el jardín. Sus correrías se alargan, ayer como hoy, cerca del río y la cañada, desde cuyo fondo él podía mirar la carretera trepando entre las montañas y los pinos hasta hacerse indistinguible en la lejanía. Ahí al final, donde el camino era comido por el cielo, Epigmenio intuía un mundo distinto fuera de su alcance. Debió haber construido su escape de Ayutla desde aquellos días, porque deambulaba solo como si el pueblo no existiera, como si los perros no ladraran y él en su ausencia feliz sólo fuera capaz de lanzar repetidamente al aire una canica de barro a punto de volverse polvo de nuevo.

Primeras palabras

Cuando pude hablar con Azucena me di cuenta de que ya la conocía. Fue en el Café Destino, uno de esos días grises en que ella se sentaba en el pretil de las jardineras con su espalda encorvada, acodada sobre las rodillas y con las manos sosteniéndole la cabeza. Apenas había gente en la plaza, por lo que no me costó ningún esfuerzo localizarla en el mismo sitio de siempre, mientras pedía mi café y nivelaba la mesa.

Debo haberla observado por largo rato; sí, yo la conocía, hubiera podido decir el número de sus cabellos o adivinar qué ropa traería puesta al día siguiente. Porque los dos estábamos siempre ahí, sólo separados por el aire y mi timidez.

De pronto ella movió su cabeza y dejó de mirar el piso para verme a mí. Temí que como siempre esa fuera la señal de que se iba, que aprovecharía el momento en que yo desviaba la vista fingiendo que no era a ella a quien miraba, para levantarse rápidamente e irse.

Pero para mi sorpresa la pude seguir mirando, y al percatarse de ello Azucena decidió permanecer sentada, sonriéndome de manera casi imperceptible. Terminé el café, lancé una moneda sobre la mesa y me levanté tratando de que no se notara que me

urgía hacerlo, que me era necesario atravesar la vereda del parque hasta donde estaba Azucena, y todo hacerlo sin dejar de mirarla, deseando que no desapareciera en un cerrar de ojos. Pasar a toda prisa entre las palomas indiferentes, pisotear las telas cubiertas de dijes y anillos de plata que algún vendedor de pacotilla había extendido sobre el piso e ignorar sus insultos, brincar entonces los setos, espantar a alguna rata en ese laberinto de plantas podadas a la altura de la pantorrilla por el que corría sin darme cuenta hacia Azucena, pararme junto a ella con la respiración entrecortada, abrir la boca para darme cuenta que no sabía qué decir y descubrir que ella también la abría y se me adelantaba para decir tan sólo una palabra, esa, la única que hacía falta en ese momento: *Azucena*.

Y caminamos uno al lado del otro, en silencio, hasta salir del parque.

Ser mosca

Epigmenio no se había puesto a pensar nunca en el obstáculo insalvable que eran los vidrios para las moscas; no hasta ese día en que, encerrado en su biblioteca, trataba de concentrarse y escribir algo, lo que fuera, que lo ayudara a llenar los cientos, quizás miles de libretas y cuadernos vacíos que poblaban los estantes y que él había coleccionado durante tantos años. *Las moscas no deben sentir dolor alguno*, pensó al ver al insecto estrellarse una y otra vez contra la ventana. *O tal vez lo sienten y conocen alguna forma de soportarlo, acaso los hombres no somos sino remedos fallidos de las moscas golpeándonos la frente de manera cotidiana y necia pero incrementando día a día nuestras reservas de dolor y angustia. Así debe ser,* se dijo. *Lo único que nos hace falta para ser moscas son las alas, ya que somos seres tan repugnantes o más que ellas, pues nos damos cuenta pero no hacemos nada; permanecemos cobardemente en el suelo*. Epigmenio dejó a un lado la libreta sin escribir en ella una sola palabra. Era demasiado escrupuloso y hubiera odiado escribir algo de lo que después se arrepintiera; tacharlo burdamente o arrancar la hoja le parecía indigno para la inmaculada blancura de un cuaderno. Y así, todos los libros de aquella biblioteca, en la que él pasaba hasta días enteros, estaban completamente en blanco. Hubiera podido decirse que aquel lugar permanecía virgen de letras o de tinta, pero no de

ideas u ocurrencias que, eso sí, nunca se expresaron.

Puede ser también que las moscas sean estúpidas, meditó. *De otra manera no entiendo cómo pueden ir tantas veces tras lo imposible.*

Epigmenio se levantó y miró a través de la ventana. Afuera el cielo se tendía hacia el infinito y los árboles parecían sostenerlo, acariciándolo. Volteó, y viéndose encerrado, comprendió a las moscas; en especial a esa que seguía partiéndose la cabeza contra el vidrio tras dar algunas vueltas zumbando asquerosamente por el cuarto en donde él, de pronto, ya corría alrededor de la mesa con la mente totalmente en blanco.

Blanco. A Epigmenio le atraen las cosas en blanco. Por eso le es inevitable ir a las librerías y tomar en sus manos las libretas vacías y nuevas sin sentir una extraña compulsión por hacerlas suyas, imaginando todo aquello con lo que podría llenarlas.

La mosca se golpeaba la cabeza contra el cristal por quincuagésima segunda vez exactamente al mismo tiempo en que Epigmenio estaba por hacerlo. Pero él se detuvo. Tomó de improviso la libreta de la mesa, y abriéndola por completo, la estampó contra la ventana con la mosca abajo. Por curiosidad echó después un vistazo a los restos del insecto y se dio cuenta de que había sido azul. Luego cerró la libreta sin reprimir un gesto de asco.

Tenía que matarte, pensó Epigmenio mientras tiraba el cuaderno al bote de basura. *Te parecías sospechosamente a mí.*

Epigmenio tomó entonces otra libreta del estante, la abrió con aire decidido, y se sentó frente a ella durante varias horas a no escribir absolutamente nada.

Quimera

El otro malpaís era de escalones de piedra; escalones desbastados por el ir y subir, nunca bajar. Escalera obstinada y encaracolecida, carente de paredes y empolvada con carcoma de olvido. Por ella tropieza Epigmenio encorvado y sediento; intuye un final insuficiente, lo ensordece la estridencia del silencio, sus pies arrastran larguísimas cadenas de recuerdos; todo es árido, todo insomne, todo macabramente momificado para aletargar sus pasos y hacer eterno el camino a la cumbre, donde esta ilógica arquitectura guarda en una especie de cueva a otro Epigmenio, sentado bajo un voladizo de piedra que le infunde una luz ardiente mientras todo afuera es sombra.

Epigmenio se mira mirando una fotografía que es casi un daguerrotipo de tan seca, de tan muda, de tan Tzasná. Se lamenta de estar ahí y no con Azucena, que duerme a su lado, y se arrebata la fotografía de las manos, que no son sino burdas copias de las suyas, pero hechas de cenizas, que en el jaloneo se desmoronan junto al cuerpo entero del Epigmenio de la cueva. La incandescencia del risco cede al igual que la estructura; se resquebrajan, se parten, se derrumban bajo y sobre sus pies. Epigmenio se siente caer rodeado de penumbras. Lo invade el miedo, aúlla, lo arrastra un suelo demencial y próximo, se encoge para recibir el

golpe. Azucena le sacude el polvo que lo cubre en la cama, lo llena de besos, lo tranquiliza y lo abraza en tanto él estruja en su puño, por debajo de las sábanas, lo que él sabe no es sino una maldita fotografía de lo inalcanzable.

Escalera obstinada y encaracolecida, empolvada con carcoma de olvido

Ocupaciones inútiles

Adivinar las vidas pasadas por la forma actual de nuestras sombras, larguísimas, en una noche que sólo pertenece a los grillos; maniatarnos a una cama ajena y vacía y dormir bajo una luna que sonríe fija en el laberinto negro de las estrellas; encogerse de hombros ante la inminencia de una noche a solas; tener sexo y no tocarse, sino sentirlo todo a través de los eslabones de una cadena de aire que mide la eternidad de las horas que conforman cuatro días; encender la luz para saber que tenemos los ojos abiertos, insomnes y llorosos; fumar, y en cada chupada saberse más y más ensombrecido, más arrugado por dentro, más seco y débil; pasmarse al ver crecer los círculos que forman las gotas de lluvia en un estanque quieto y agitar los brazos entre sus olas buscando una orilla lejana dónde descansar de la paz, de la angustia, del temor de no estar ahogado; escribir noches enteras llenando folios y folios de ideas que primero nos encanten, a la segunda leída corrijamos, a la tercera tachoneemos y al amanecer quememos; hurgar entre las arrugas de la piel, bajo las uñas, buscando a alguien con obstinación; arrancarse un cabello tras otro hasta tenerlos todos dispersos sobre la mesa, observarlos detenidamente y descubrir, desolado, que ninguno era ajeno ni por un capricho del viento.

Sombras lunadas

Luné las sombras aplastadas bajo mis pies para poder caminar. Eran tres. Reconocí a la silueta central como la mía no debido a su movimiento, que imitaba al mío, sino a que su piel quemada y decadente le daba una apariencia singular. Mis otras dos sombras sólo se hicieron más tenues pero seguían adheridas a mi con insistencia febril. Entonces crepusculé mi imagen tomándome la cabeza con ambas manos y sacudiendo con fuerza los pies, sin lograr separarlas más que unos cuantos milímetros antes de que volvieran a su lugar, donde acariciaron mi silueta gris; una con ternura y otra, enrojecida, con una pasión que no sé si sería justo llamar desenfrenada. A mis espaldas se tendía un mar blanco de arena finísima horadado por mis pisadas provenientes del horizonte, variante de mi conocida desolación.

Quizás era por eso que Epigmenio abrazaba la almohada todas las noches; sin ella hubiera sentido que estaba indefenso. Creía que amarrándose a algo tan terreno hubiera sido imposible que lo arrancaran de la cama y lo hicieran cruzar la barrera seca del sueño. Pero una vez adentro, encaminado en el malpaís, se descubría apretando aire entre sus brazos, y si volteaba, veía a la almohada deformándose entre las piedras, como si tuviera manos y pies para arrastrarse antes de caer, exánime.

Usualmente no había nada vivo en ese lugar. Él mismo no sabía si lo estaba, pero al encender un cigarro y verlo consumirse entre sus dedos, se sentía de algún modo aliviado. Caer y que las sombras lo ayudaran a levantarse le parecía menos usual, y varias veces intentó quemarse la palma de la mano para cerciorarse de que el dolor que conocía estaba presente ahí también.

Había algo de musical en la quietud del viento que lo rodeaba, algo que Epigmenio tarareaba de vez en cuando para no aburrirse frente a los espejismos y el mutismo de las dos sombras ajenas que se arrastraban con él como si hubiera soles incinerando cada uno de sus costados.

Callaba por no tener voz, ocasaba para no sufrir el calor y lunaba por ilusión. Al final del día, de la noche, dejaba atrás a la sombra apasionada para agrisarse y caminar del brazo de la figura de su adorada Azucena.

Callaba por no tener voz, ocasaba para no sufrir el calor
y lunaba por ilusión.

A la sombra de Epigmenio Farías

Pues verá usted. Después de tantos años la memoria puede fallarme y le suplico que me llame la atención si llego a tener algún desvarío, aunque sea insignificante. Yo me bebía la soledad a buches en los parques; en un parque, si he de ser exacta. Recuerdo que me atraía el olor a café de los restaurantes y que yo me sentaba cerca casi instintivamente. Ahí sucedió. Seguro que usted ha sentido alguna vez como que alguien lo observa, eso como sentirse único en medio de una multitud con cientos de miradas que lo ven a uno pero una sola que lo mira. Así era la cosa cuando estaba en ese parque. Sólo Dios sabe si habremos llegado el mismo día o nada más yo había puesto atención. El caso es que él estaba ahí siempre, sentado en la misma silla de la misma mesa coja tomando su café (uno solo, aunque le durara horas y se le helara). El día en que me di cuenta que era él quien me miraba no pude sino observarlo con curiosidad, siempre tratando de que no se notara mucho. Era un joven que se adivinaba delgado debajo de esa ropa gastada de todos los días que sólo dejaba ver un rostro curtido por el sol, de semblante tranquilo y a la vez, cómo le diré, como anhelante. Hasta que de plano un día me sorprendió echándole una miradita y nuestros ojos se encontraron sin que hubiera modo de ocultarlo, y yo sentí miedo porque él tenía

(tiene) algo intrigante en su manera de ver, algo que lo atrapa a uno y lo deja indefenso. Cuando vi que se levantaba no me vino otra idea que no fuera la de correr entre la gente. Me había atrapado y yo sólo quise huir y dejarlo atrás. No volteé siquiera, se lo juro por ésta, hasta que llegué a mi casa toda desbocada y riendo como una idiota.

Los días siguientes, los meses, la situación se convirtió en un jueguito del que sólo él y yo conocíamos las reglas. Parecíamos un par de escuincles mirándonos por encimita del hombro esperando a que el otro se levantara. Luego venía la corredera. Entonces él comenzó a cambiarse de ropa, a rasurarse para despistar y yo a hacerme otros peinados para hacerlo todo más difícil. Yo ya tenía previsto para dónde iba a salir corriendo; me conocía de memoria los recovecos del parque, por dónde pasaba más gente y a qué hora, y comencé a llevar papelitos en los que la noche anterior le escribía cosas como "te falló otra vez" o "se fue para allá", y que yo dejaba donde había estado sentada. Desde la esquina lo veía romperlos en pedacitos y saltar sobre ellos nomás del puro coraje, y yo me carcajeaba. Incluso una vez hizo trampa pagando por adelantado su desayuno y dándole todo el dinero que traía (no mucho) a la mesera gorda del café para que le dijera dónde estaba yo sin tener que voltear a buscarme. Él, que ya se sabía también de memoria el parque, se levantó de pronto a medio sorbo de su café y se lanzó tras de mí aun sin haberme visto. Ya para entonces todos sabían de

nuestro juego y los limpiabotas, a media boleada y ante la mirada sorprendida de sus clientes, nos echaban porras por separado y apostaban por el resultado de la persecución. Pero también esa vez me le escapé, aunque sé que de no haber sido porque algo se le cayó de la bolsa del pantalón o de las manos, no sé, una como piedrita que rodó por las baldosas y que él buscó afanosamente mientras yo me alejaba, me hubiera puesto por fin las manos encima.

Un día simpemente me cansé de correr. Me dejé contemplar y le sostuve la mirada riendo un poquito, no sin cierta ironía que él –creo– no notó. Imagínese usted el cuadro; fue chistoso verlo todo destanteado al ver que yo no escapaba mientras él corría como loco sin perderme de vista, esquivando gente y tropezando (él jamás le contaría este detalle, odia recordarlo siquiera) en tanto yo esperaba divertida.

Caray, ese sí que es un nombre inesperado, contesté cuando después de decirle el mío, y después de un corto silencio, él dijo llamarse Epigmenio.

Muy pronto descubrí que Epigmenio era un hombre de pocas palabras, de esos a los que hay que sacarles una respuesta armándose de paciencia, de los que no son buenos para dar explicaciones y se mantienen firmemente en lo que creen aunque les demuestren lo contrario. Y qué manera de andar. Todavía hoy me inspira algo de ternura

aunque creo conocerlo bien. Siempre prefirió caminar por donde el piso estaba cubierto de hojas secas; decía que cuando podía oir sus propias pisadas se convencía otro poco de estar vivo. El otoño es la mejor época para conocerle, ¿sabe? para ver lo feliz que es al empaparse bajo la lluvia e inventariar el cielo gris de septiembre.

A veces pienso que sería sido mejor que Epigmenio fuera uno de esos animales nocturnos. Odia el sol con toda su alma. Y ese día en que pudimos hablar el cielo estaba de lo más triste, a así de llover y aplastarnos bajo su peso. *A lo mejor mañana no vengo*, se atrevió por fin a decir. ¿Piensas salir de la ciudad? pregunté un poco extrañada. *No*, contestó, *pero es que el mañana nunca sabe*. Y es que así es la cosa. A Epigmenio parece como si el suelo le quemara los pies. Nunca se está quieto, nunca está conforme con lo que ha visto, nunca tiene suficiente. Dice que todo lo que es estático es anormal. Por eso anda brincando de un sitio a otro, por eso para él no existe un «nos vemos luego» o un «hasta al rato»; de veras no hay manera de saber cuándo será «luego» o si habrá que esperar años para que él dé por terminado su rato.

Luego están las noches. Yo no tengo el sueño tan pesado de Epigmenio. Mil veces lo he contemplado ahí en la cama, créame, porque duerme tan profundamente que hasta el sueño se le quita a una; además, podría decirse que a Epigmenio hay que cuidarle la noche. Cuando empieza todo, ya tarde,

es cosa de ponerse alerta porque al parecer él se va tan lejos, tan sin darse cuenta, que se siente empequeñecido, o perdido, vaya usted a saber. Pero cuando está así, yo muerta de desesperación y angustia, no hay nada qué hacer. Nada puede despertarlo ni quitarle ese rostro que una no sabe si es de miedo o de placer o de impotencia. Lo peor es que cuando por fin vuelve y lo abrazo para tranquilizarlo, tarda todavía un buen rato en apaciguarse y dice no recordar nada de lo que soñó. Pero no vaya a creer que siempre es lo mismo. A todo se acostumbra uno, y yo hace mucho que, con ese sueño acumulado de tantas y tantas noches, sencillamente me doy la vuelta y me desentiendo de todo hasta el amanecer.

Ah, sí. La piedrita. La del parque, dice usted. Eso fue hasta hace poco un misterio para mí. Siempre la traía Epigmenio cargando. Es apenas así de este tamaño y la cuida como si en ello se le fuera la vida. La trajo de Ayutla hace mucho tiempo y él dice que todos sus recuerdos están contenidos en ella, que sin su canica perdería un pedazo de su vida, su niñez, para siempre. Claro que parece cualquier cosa menos una canica. Es un tepalcate que ha aguantado quién sabe qué tantas cosas a través de los años. Si he de ser sincera, para mí no tiene valor alguno, pero no sabe usted el alboroto que se arma cuando la pierde. Me hace voltear la casa sólo para descubrir, horas después, que la tenía tan bien guardada que ya ni se acordaba dónde. Lo que sí, eso no lo puedo negar, es que gracias a la dichosa

canica he logrado saber muchas cosas lindas y tristes acerca de Epigmenio; cosas que difícilmente habría podido arrancarle yo sola.

Ausencia

Otras veces era el miedo a tomar la pluma y dejar que vomitara todo lo que por dentro la atormentaba. Era tener la memoria y las palabras prestas, pero una incapacidad ridícula para ponerlo por escrito como si de pronto, niño otra vez, no supiera cómo hilar ni letras ni palabras. Y de este modo mudo fue que, en mitad de aquel conflicto, con los ojos puestos en la inmensidad del papel encerrado en esa libreta cansada de viajar y dar tumbos sin saciar su sed de tinta, me quedé con las ganas de visitarte, Azucena, cada que te sentía dormida, por temor a asustarte.

Porque algunas de las cosas que nunca te conté, aquellas de las que jamás escribí, te hubieran helado el corazón, quizás forzándolo a detenerse para siempre. Te habría podido contar instantes para los que aún no tengo palabras, pero hubiera tenido que recurrir a adjetivos como indescriptible o inenarrable, dejándote en las mismas. Creí todas esas veces que no ibas a entenderlo y que todo terminarías tachándolo de pretexto. Fue así como a la pluma le obstruí su vocación vomitiva, así como me tragué todas aquellas historias y así como tú, Azucena, simplemente no recibiste por correo ninguna otra cosa que no fuera mi

Malpaís

Tus hojas caen al suelo
lentamente como si el aire fuera
impenetrable. Secas, tus manos se
descortezan y se quiebran al
viento. Cuántas veces me juraste
que no morirías, que no te dejarías
extinguir ni bajo el sol más
candente. Pero mírate con esos ojos
sedientos e inanimados: has
desaparecido

Justo en medio de aquel malpaís, Epigmenio encontró el árbol que había sido Azucena. Era lo único en pie en todo lo que abarcaba la vista y su sombra era miserable, pero él se sentó a su lado respirando profundamente el aire de roca que los rodeaba.

Debía decirse que vagar por el desierto no era lo más inteligente, pero para él era obligatorio. Y encontrar ahí a Azucena, fría y desmoronándose, causándole compasión, fue algo inesperado. Se quedó inmóvil por horas, invadido por la más cruel de las tristezas, sin decir una palabra, sin pensar siquiera. Fue durante el crepúsculo que Epigmenio sintió frío y quiso cubrir a Azucena con sus manos en un abrazo tímido y protector. Azucena, al sentir el contacto, dejó caer tristemente sus últimas hojas resecas; ni su último hálito de savia fue suficiente para alcanzar a ver que Epigmenio lloraba de impotencia, ni que su despertar era de lágrimas que, rodando por sus mejillas, humedecían el follaje crujiente disperso aún entre las sábanas.

Cuántas veces me juraste que no morirías, que no te dejarías extinguir ni bajo el sol más candente

Lo que don Rosendo tenía que decir

"Acércate, hijo. Creo que es tiempo de decirte algunas cosas", dijo don Rosendo a Epigmenio con un hilillo de voz. Los Farías somos gente necia. Necios y trabados si tú quieres, pero eso sí, no estúpidos. Ya estás suficientemente grande para saber cuándo se terminan las cosas. Mírame aquí, postrado y roído por la tristeza, calculando el poco tiempo que me queda. Por eso te mandé llamar, Epigmenio. Ya estoy a punto de doblar la esquina y pronto no quedará nada aquí para tí. Ni la casa ¿me oyes? Nada de este pueblo te pertenece. No creas que por estar aquí tumbado añorando a tu madre y maldiciéndome por su muerte he dejado de hacerme cargo de tí. Te he seguido a cada rincón, no has hecho nada que yo no sepa. Por eso sé cuánto odias Ayutla, cuánto te aprisiona. Te has dedicado a enmudecer estos tres años y apenas has venido a verme. Debes odiarme por lo de tu madre, pero no te culpo. Ahorita no digas nada. Sólo escucha. Pronto ya no me tendrás como obstáculo, Epigmenio. Que te calles, déjame hablar. Antes de irme debo decirte algo, hijo. Lárgate y no te lleves nada que te haga recordar el dolor de este pueblo. No quiero el mismo destino para tí, no quiero ser yo el autor de tu infelicidad.

"Cierra la puerta, Epigmenio. Abre el ropero. En esa cajita, sí, en esa, encontrarás dinero. Es tuyo. Lo he vendido todo. Sólo están esperando a que me acabe de llevar la tristeza para venir a reclamar lo que ya no es nuestro. Debes irte. No tienes que esperar por mí, que yo me quedo con el recuerdo de tu madre y tu hermana. Tampoco a mí me queda nada aquí. Haz de cuenta que ya estoy muerto, olvídanos y aprende a vivir, que tienes mucho por delante. No quiero oirte decir nada, Epigmenio. ¿No has entendido que te largues? Sí. Yo también te quiero, pero vete ya, y por amor de Dios, no voltées jamás.

Ensueño

Tzasná llegaba siempre a la una, la misma hora que marcaba el reloj en ese pueblo con quiosco donde la conocí. A veces se presentaba corriendo desnuda sobre la arena del desierto, a veces erigiendo una pared de rocas a su alrededor, otras siendo el aire mismo que lo envolvía todo con su cabello suelto. Lo único verde en el malpaís eran los ojos de Tzasná.

Epigmenio solamente se abandonaba sabiéndose indefenso. Apenas se atrevía a acariciar esa piel, pero al hacerlo se sentía viajero de su humedad, se dejaba abrasar por esas manos blancas como el sol que él se untaba neciamente en el rostro reseco. Con quietud dejaba que Tzasná se acercara, y al tenerla encima hacía que su pecho deslumbrante se posara sobre el suyo mientras la besaba largamente, hipnotizado por sus ojos y por la súbita mezcla de caderas que comenzaba a tomar prisa. Todo en un instante enloquecía como si ellos no tuvieran la culpa; todo se precipitaba en el ardor como si no supieran que ambos terminarían aullando en medio de un espasmo irremisiblemente mutuo. Epigmenio desmayaba por horas y, al abrir de nuevo los ojos, se sabía completamente solo, ciego en el intento de seguir las huellas que Tzasná había dejado al irse tal vez con el deseo de ser hallada otra vez.

Pero a Tzasná no la toqué nunca. Soñar dentro del sueño es algo común, y para mí esto es lo menos malo que en la noche puede suceder.

Evasiones

Se me rompieron los ojos y ya no pude ver más a Azucena. Cierto es que le escribía constantemente desde cualquier sitio, pero sin decirle nunca de dónde. De todos modos ella no me hubiera buscado, así de paciente es. Más que huir de Azucena lo que yo buscaba era alejarme de mí mismo, pero a donde iba me descubría encadenado a mi voz, a mis pies, y lo peor de todo, a Tzasná, quien me acompañaba siempre aunque yo no quisiera. Ahí nada podía detenerla. Aun de día estaba a mi lado en esos pueblos perdidos que visitaba al abandonar a Azucena. Pero tal vez abandono no es la palabra correcta si tomamos en cuenta que yo siempre volví a nuestra cama, así nada más, sin avisar, tal como me había ido. Y Azucena se hacía la dormida, como si nada hubiera pasado, como si yo sólo estuviera regresando de comer algo en la cocina o de leer en la biblioteca hasta muy tarde.

Pero la vuelta no fue siempre tan silenciosa. Muchas veces el sólo tocarla y decirle que había llegado eran suficientes para que Azucena me brincara encima, harta de su mitad de la cama, y me rajaba los sueños hasta el amanecer como si intuyera que en ellos yo no era suyo.

Yo nunca quise hablarle de Tzasná por no perturbarla. Hubiera sido como apuñalarla cobardemente en su propia cama. Por eso huí tantas veces, porque a mí me daba vergüenza no

corresponder a Azucena todo lo que hacía por mí. Creo que nunca entendió que tanto amor ahogaba, y yo, aún loco por ella, no podía dar tanto. Así es que me daba por ver a los pájaros, acodado en la ventana, y sentir que yo era el enjaulado.

Un augurio

La iglesia de Ayutla tiene demasiados santos, demasiadas cruces, y tan poco Dios. Está en el centro del pueblo, rodeada de grandes árboles y calles empedradas que contrastan con el antiguo embaldosado del atrio. El piso ahí está tan desgastado que ya no se pueden leer en sus losas los nombres de los muertos que todavía buscan reposo bajo la calzada y que deben seguir ahí, a menos que algún niño en algún momento haya tenido la curiosidad de jalar las argollas herrumbrosas de las lápidas para después ir a tirar los huesos por ahí.

Al pasar la barda y cruzar el solario uno no puede sino sentir miedo. Todo toma una tonalidad entre gris y verdosa; ni el zacate sobrevive entre las placas de piedra del piso. La fachada del templo se ha conservado sin enmienda alguna, el aplanado de yeso tiene agujeros aquí y allá, y lo que fuera alguna vez un relieve tallado sobre el pórtico se ha borrado al igual que las facciones de los santos, tan quietecitos, desbordando templanza en sus nichos y dejando que las palomas hagan nidos sobre su cabeza.

Ahora que si uno decide entrar, se encontrará con lo verdaderamente aterrorizante. Un cristo desollado lo recibe a uno en la puerta en postura mendicante, y como si no fuera suficiente el gran dolor que debe sentir, tiene que cargar también con una constelación de milagros metálicos y peticiones prendidas a un manto púrpura que lo

cubre casi por completo. Adentro todo es obscuridad y silencio. Caminar sobre la madera crujiente y a punto de vencerse le hace sentir vergüenza a uno, pero ésta pronto se olvida al sentir el aire tan denso que ahí se respira. Todo ahí dentro es mezcla de polvo y frío bajo la vigilancia de los vitrales tiznados y el encierro. Porque la iglesia de San Pablo sólo la abren los domingos desde que un día se trataron de robar la campana y el pueblo temió por los otros valores. No es una campana con historia sobresaliente, ni siquiera es de un material caro, pero qué es una iglesia sin su campana.

Los santos ahí están vivos. Al menos eso es lo que sé. Se la pasan observándonos con sus ojos de concha iluminados por las veladoras, nos contemplan y parecen alargar sus manos hasta tocarnos, pues su sombra vive a merced de la llama de las velas que se agita y estremece a nuestro paso. Un haz de luz se cuela por el ábside entre noviembre y diciembre y recorre, a lo largo de la mañana, desde el sagrario hasta la entrada. Aquí la gente cree que ese hilo luminoso le indica el camino a los muertos, y aunque yo no creo en milagros, no lo dudo. Pareciera como si el edificio entero estuviera lleno de ellos, como si Dios mismo estuviera muerto y ese fuera su mausoleo, porque adentro todo huele como a podrido.

Esta vez se escucha en la capilla lateral un leve murmullo parecido a un gotear continuo. Dos seres embozados se han hincado frente al crucifijo y hablan en voz baja. Sobre las bancas descansan sus manos canijas y de huesos salientes. Se persignan a

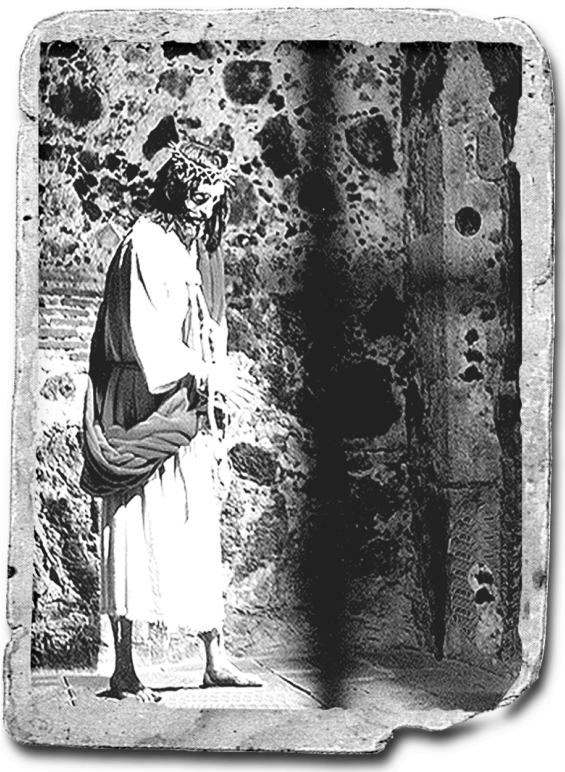
cada instante. El zumbido de una mosca enorme rasga el silencio del oratorio. Se escucha un Salve a dos voces. La mosca se interesa por la luz de los cirios. Aménes. La mosca quema sus alas en una llama. Cae. Seis ojos la miran arrastrarse patas arriba por el suelo emitiendo un sonido agónico.

–Era una mosca azul– oigo decir.

–Alguien se va a morir, doña Triana. Alguien se va a morir muy pronto– contesta la otra vieja.

–Pobre niño Epigmenio.

Ambas ancianas voltean a verme. Como puedo salgo corriendo de ese maldito lugar y prometo jamás regresar.



Un cristo desollado lo recibe a uno en la puerta en una postura mendicante.

Carta con el matasellos borroso

A quién querrán engañar con eso de que las nubes desgarradas furiosamente al atardecer son la sangre del cielo. Me he comido ya todas las uñas y fumado una cantidad indecible de cigarros que me han dejado sin voz ni aliento. No es fácil estar lejos de casa, como que el piso no lo agarra a uno del mismo modo y el paisaje debe estar moviéndose continuamente para que uno sienta que cae en esa muerte chica que es la monotonía. Como quien dice, es cosa de seguir huyendo. Sin embargo, parece que no puedo hacerlo todo el tiempo. Comienzo a aburrirme, a darme cuenta de que, a pesar de estar tan lejos, nada cambia ni dejándote cordilleras y bosques atrás; que estar tan lejos no me ha ayudado en nada y que te necesito. Es curioso ver que esto te lo puedo decir en una carta y no frente a frente, que me dé pavor lastimarte y prefiera largarme sin dejarte al menos una nota, sólo dándote besos que quizás no hayas sentido en mitad de la noche. Perdóname.

Los lugares que he conocido son de lo más diferente. La negrura de las noches me ha enseñado muchas cosas, sobre todo que para sobrevivir debo permanecer despierto y recordarte o por lo menos que no debo cerrar los ojos durante mis sueños.

Hubiera dado todo porque vieras lo que vi hace unas noches, algo de verdad extraño. Una parte del cielo descendió a la tierra y todo guardó el

silencio de la oscuridad. Yo estaba mirando hacia arriba, y habían tantas estrellas que parecía que iban a caerse –como en realidad creo que pasó– para dejarme descubrir, al bajar la vista, que en realidad eran luciérnagas en continuo movimiento. Algunas de ellas se posaron sobre mi ropa, y otras, más errantes, se perdían en la penumbra hasta consumirse.

Algunos lugares son mejores al atardecer. Son tan llanos, tan arenosos, que uno no se explica de dónde habrá salido tanta vida. Tú sabes cuánto odio estos parajes ardientes y llenos de espinas, pero los he visto, he tratado por todos los medios de estar ahí siempre en el ocaso, porque son fríos al ocultarse el sol. Y ahora que lo pienso mejor, esas nubes heridas de las que nunca llueve y que acompañan al sol hasta su tumba, se tiñen de un rojo tan melancólico que de verdad parecen sangre. Y dan ganas de regresarse a la casa donde tu piel palpita con esa tibieza que no debí abandonar jamás.

Es hora de emprender la vuelta.

Epigmenio.

Dios desde adentro

En aquel tiempo, la voz volvió a hablar:

"Vendrá un día en que todo te parecerá vacío y falto de sentido; llegará la hora en que descubras que te mueves en un mundo perfectamente irreal que necesita de una puerta, una ventana abierta por la que pueda fluir tu cuerpo sin materia. Y recordarás el inicio de todo al descubrir que eres el creador de cuanto te rodea, el mismo de las historias que te contaban en tu niñez para atraerte el sueño. Verás que fue de tus manos de donde brotó el cielo como un garabato aleatorio e impredecible y que no controlaste tus impulsos al dar forma a los sentimientos que atan a los hombres a sus vidas llenas de miseria; los observarás, contemplarás a tu obra viviendo sin que tengas ningún control sobre ella. Más tarde, después de que hayas inventado el día, la luz te aburrirá y tratarás de borrarla tapándote infantilmente los ojos, sin darte cuenta de que no podrás esconderte, de todos modos, por siempre. Y durante esos intentos construirás, sin darte cuenta, las noches y los amaneceres, las horas perdidas de las que escapas a solas.

Pero lo peor de todo es que, a pesar de tu aparente omnipotencia, más de una vez te darás cuenta de que para que todo termine debes morir, porque no se puede huir todo el tiempo".

Esta es palabra de Mí. *(amén)*

Al fluir el agua

Borroso ahora, más claro otras veces, está sentado ahí en el recodo del río con los pies desnudos metidos en el agua y posados sobre las piedras enlamadas el niño Epigmenio. Tiene los zapatos rotos puestos a un lado, quizás con la esperanza de que una repentina crecida se los lleve navegando para siempre. Su cabello se mueve apenas, pues cuando él llega el viento suele detenerse y lo único que se escucha es el retozar del agua y el lento rodar, el inmisericorde y eterno pulimento de las rocas en el lecho del río. Alrededor escurren susurros de una voz siempre presente que con seguridad sólo él entiende, o que ignora, no es posible saberlo. Sobre el lomo terso del agua fluye sin moverse demasiado el reflejo de un árbol, y entre sus ramas, llenas ahí de transparente agitación, el niño Epigmenio cree mirar de repente su rostro. Al ponerse las manos abiertas sobre los ojos, no sin por último dejar ver entre los dedos una sonrisa traviesa, su cuerpo comienza a desvanecerse como un recuerdo, dejándose disolver con algo de prisa por el remedo de sol que tiñe el atardecer mientras el agua, que para él siempre tuvo más suerte, realmente se va.

Atrapado

Reconocí su silueta de inmediato. Tzasná me esperaba en una duna, pero sus huellas hacía tiempo que se habían borrado.

–*Llegas tarde, Epigmenio*– balbuceó con paciencia fingida y sin mirarme. No me atreví a decirle que había estado tratando de errar el camino a propósito, de dar rodeos, intentando hacer rodeos para perder algo de tiempo, aunque sabía que el encuentro era forzoso. La noche estaba avanzada; no obstante, en el malpaís el sol estaba en su apogeo y ya mis labios estaban tan resecos que parecía que iban a quebrarse y caer en pedazos de un momento a otro. Necesitaba humedad. En un momento pensé que tal vez eso fuera lo que siempre buscaba y me guiaba directamente a ella.

–No pude evitarlo– le respondí con un tono dudoso –creo que perdí el camino.

–*No seas imbécil. Aquí no hay caminos*.

Era cierto. En esa extensión rocosa que me abrasaba los pies no hubiera sido posible trazar ni siquiera un triste sendero.

–*Sin embargo*– continuó Tzasná, –*no hubieras podido sino llegar aquí.*

Frente a semejante verdad me sentí absolutamente indefenso. Quise escapar, pero el lugar era tan vasto que no alcancé a ver hacia dónde hacerlo. Sentí una rabia incontenible, unas ganas de terminar con toda aquella nada y su esterilidad asfixiante. Tzasná se adelantó hacia mí

dejando caer la vaporosa ropa que cubría su cuerpo y yo por un segundo retrocedí intentando resistirme a su influjo.

–*Iluso*– rió –*no hay a dónde ir*.

–Debe haber un modo de deshacerme de ti, le contesté, francamente asustado.

–*Olvídala*– me ordenó con frialdad refiriéndose a Azucena y ahogándome con una catarata de besos –Olvídala de una vez.

Fui demasiado débil. Volví a dejarme poseer por ella hasta el cansancio, hasta que la noche llegó a su fin y ahí el sol se escondió tras el horizonte. El hambre de Tzasná parecía no acabarse nunca; no le importaba que yo tuviera que regresar, que ya no pudiera más. Me levanté y vi que habíamos rodado kilómetros. Abrí los ojos y aparté a Tzasná con rudeza, maldiciéndome a mí mismo y con el cuerpo llagado y lleno de espinas.

–*No me digas que aún quieres escaparte, Epigmenio*.

–Sí– tajé.

–*Eres un cobarde. Tienes miedo de aceptarlo. Pero no importa. Mañana volverás y yo te estaré esperando de todos modos*.

–No quiero regresar, Tzasná.

–*Pero lo harás* – dijo ella con seriedad mientras se perdía en la oscuridad –*te arrastrarás ante mí porque soy lo que deseas*.

Comencé a dar gritos de desesperación. Lo único que quería era despertar. Recordé el día que conocí a Tzasná, cómo la besaba dulcemente las primeras veces. Me vino a la memoria también el

paso inexorable de todos esos años con ella, cuando sus caricias se fueron transformando en rasguños y nos íbamos mezclando poco a poco, ella tomando el poder y yo aceptándolo cada vez más pasivamente. Y ahora sentir que no hay marcha atrás, que me equivoqué, que nuevamente estoy preso como en Ayutla, que Azucena no se merece nada de esto, que le he mentido y engañado...

El malpaís estaba más solo que nunca. Tomé mi ropa y me puse a caminar entre las rocas buscando a Tzasná para reclamarle, llamándola por su nombre a gritos. Pero sólo el viento contestó.

–¿Quién es Tzasná, Epigmenio?– preguntó Azucena tan pronto hube despertado.

–Nadie– mentí.

–Pues para no ser nadie la buscas demasiado.

Y ya no pude contestar.

El muertito

Por alguna causa que desconozco sigo vivo en alguna parte, pensó Epigmenio jugando con su canica en la bolsa del pantalón. Y mientras recordaba las calles enlodadas de Ayutla se convertía de nuevo en niño, cerraba los ojos y tenía ante sí esas losas faltantes de la banqueta en las que se formaban charcos cuadrangulares afuera de la casa Farías, esos que a él se le figuraba una hazaña cruzar de un salto. Al abrir los ojos y descubrirse saltando sobre la alfombra, Epigmenio se dio cuenta de que aún no podía hacerlo; antes por tener un zancada tan diminuta; ahora, por estar tan viejo, tan poco hábil y falto de fuerzas. Afuera comenzaba a llover y los nubarrones grises apagaron el poco sol que quedaba.

"Niño Epigmenio" gritó una voz cascada desde adentro de una de las casas, "métase que va a caer un aguacero y los rayos se vienen fuertes". Pero él no contestó y siguió caminando por en medio de la calle. "Si sus padres estuvieran aquí otro gallo nos cantara". Se había acostumbrado ya a esas voces y caras que lo procuraban tanto, las había visto volverse decrépitas a través de los años y las penurias. "Yo no sé por qué me preocupo tanto", masculló la voz anciana al correr las cortinas y perder de vista a Epigmenio, "los niños siempre serán niños".

Cada vez que Epigmenio tenía su canica entre los dedos le venía una inexplicable curiosidad.

La miraba muy de cerca, y aunque la había tenido desde hacía quién sabe cuánto, no lograba recordar de qué color era ni a quién se la había ganado; sólo recordaba que lo acompañaba a todas partes en Ayutla, que una vez se le cayó al río y sólo la encontró después de muchas horas, que le tenía una cajita especial que doña Hortensia le había regalado para guardarla por las noches, que a veces se dormía con ella encerrada en un puño y al despertar sonreía al encontrarla ahí, calientita y segura todavía.

Todo esto se acabó al salir él de Ayutla. Su canica fue lo único que se llevó del pueblo, desafiando con ello la advertencia de su padre de que no conservara nada. Ni modo que se diera cuenta, cómo pensar que algo tan insignificante pudiera atarlo a la sierra de algún modo. Epigmenio volvió a mirar su canica y lloró unas cuantas lágrimas. No le gustaba demostrar su tristeza y Azucena podría entrar en cualquier momento al cuarto, así que se las enjugó con el pañuelo y se echó la canica a la bolsa.

Viendo llover a través de la ventana Epigmenio se sintió por primera vez incompleto. Hasta ese momento había sentido como si él hubiera construido su vida y no hubiera dejado nada a medias, pero sentía como si algo le hubiera sido arrebatado, algo que él debió dejar inconcluso y que debía estar en algún lado, algo que lo mantenía sujeto a donde él no deseaba volver. Lo pensó por largo rato y no pudo dar con la respuesta.

"A ver si mañana sí me hace caso el niño Epigmenio", pensó la dueña de la voz cascada al apagar la vela y recostarse en la cama. "Algún día, aunque no le importemos, nos tiene que hacer caso".

La esfera vista desde adentro

Claro que lo recuerdo bien, porque siempre hemos vivido aquí. La casa la compró Epigmenio poco después de que nos conocimos. Nunca faltó nada en lo absoluto, porque él es un buen administrador después de todo. Así es que el dinero de su padre nos ha dado para vivir con tranquilidad durante todos estos años. He ido arreglando yo misma todos los cuartos excepto la biblioteca a la que casi nunca entro y nuestro cuarto, que siempre está desordenado con tantos libros que trae Epigmenio. Yo le he dicho que se los lleve, que para qué quiere tantos, pero él llega cada día con más y más. Me dice: "Es que me da lástima no tenerlos abiertos". Yo le pregunto entonces para qué quiere los demás, los que cierran la boca apretados en los estantes. Lo que pasa, según creo, es que Epigmenio no cree mucho de lo que lee y piensa que si deja un libro abierto, al día siguiente amanecerá con más letras. Por eso también debajo de la cama hay enciclopedias y diccionarios que él consulta cada como dos páginas de lectura para verificar algo. Con todo y todo, de verdad lee muchísimo y su tiradero del cuarto es una de esas manías que yo ya me niego a tratar de cambiar.

Qué bueno que lo pregunte. Epigmenio es de lo más cariñoso y apasionado, aunque me esté mal decirlo. Pero qué más da, si ya los dos estamos hechos unos viejos. Epigmenio será muy calladito en toda la casa, pero en nuestro cuarto es una cosa

muy diferente, es otro, de esos que la hacen sentir deseada a una, no para de hablar, se pone bastante inquieto. Caray, qué hago yo diciéndole todo esto. Quizás hago mal al creerlo, pero nadie hace el amor como él. No, cómo cree. Epigmenio ha sido el único para mí. Pero qué quiere, estoy convencida y nunca me interesó hacer comparaciones.

Yo siempre estoy al pendiente de él. Esa debe ser la razón por la que a veces Epigmenio se desaparece. Pobre, con lo mudo que es él, aguantar tantas veces las mismas preguntas. Que si me quiere, que en qué piensa, que qué soñaba y todo eso. Ahorita que lo pienso debe ser desesperante. Pero compréndame, también él me desespera con su silencio. El nuestro, como ve, es un amor desesperado. Qué clase de amor sería si no fuera así.

También son muchos nuestros ratos de alegría. Viera usted cómo nos encantan las ferias, por ejemplo. Y no crea que por la comida, no. Lo que le gusta a él son los juegos, esos de lanzar dardos y ponchar globos, de aventar monedas a platitos flotantes, el de los aros. Y luego compra cohetes y cascarones de huevo rellenos de confeti. Los premios que se gana, que son muchos, no le caben en los brazos y al final los regala a otros niños. No se sorprenda. Ahí Epigmenio es otro niño. A mí me basta con que me regale esa sonrisa que dura toda la noche, su brazo alrededor de mi cintura bajo los fuegos artificiales y sus ojos llorosos que mil veces me han dicho que él nunca fue un niño y que se está vengando.

Con todo esto que le digo, qué me importa no saber con quién sueña esas noches en que grita y no logro despertarlo. Me consuela saber que a ella no puede tocarla, no le puede hacer cariñitos; a que ella no lo espera todas las mañanas para decirle "¿Estás bien?" ni se hace la creída cuando el pobre le dice no recordar nada. Si esconder todo lo que le pasa en las noches no es amor, pues yo no sé qué será entonces.

En realidad no lo culpo por pensar que entre Epigmenio y yo lo que existe es una relación monótona. Todos lo creen así. Pero se equivocan, nada es igual nunca, cada momento está lleno de sorpresas. Desde el primer instante Epigmenio y su aire distraído demostraron no serlo. El día que no me trae flores me sienta en la sala y me lee un libro. Pero no deja de besarme, de decirme cuánto me quiere. Y entonces no importa que ya no haya más palabras, porque nos tomamos de la mano y nos vamos a la cama, donde parece que no hemos acabado de conocernos. Esas manos, sus manos, me tocan tan apaciblemente, con tanta delicadeza, que aún no dejan de sorprenderme. Él mismo es dócil, se deja llevar hasta las últimas consecuencias, y mitigamos nuestro cansancio con un abrazo y palabras que muchos envidiarían. Es que la gente sólo ve lo que ve y lo no lo inventa. Que Epigmenio es muy seco, bueno, así es como él ha decidido aparecer. Que yo le sigo el juego por no perderlo y quedarme sola, no, no soy una imbécil. Todo se habría acabado hace años si no nos quisiéramos. Y si la gente cree que lo que pasa es que más bien nos

soportamos resignadamente después de tantos años, pues que piensen lo que quieran. Nada nos va a cambiar, se lo aseguro. Yo a Epigmenio lo acepto tal como es, con sus rarezas y ausencias, y créame que no es abnegación.

Malpaís

Me dolían los ojos por el sol. Allá, en el horizonte, sólo se veían las rocas apiladas como en un paisaje lunar; detrás de ellas me esperaba Tzasná con una sonrisa radiante. Me salió al paso y me puso los brazos al cuello, dejándome así sentir su pecho desnudo, y yo respondí al beso casi distraídamente, con los ojos abiertos mientras mis manos adulaban esa piel fresca y blanca que se ofrecía al sol sin temor alguno, con esa alegría maliciosa que expresaban sus cejas arqueadas y su andar de niña inocentemente experta. *Eres mío* murmuró Tzasná mordiendo mi oreja y jalando mi cabello. Pero no respondí. Me mantuve con los ojos abiertos y observé todo su ritual, cómo tiraba mi cuerpo al suelo y serpenteaba sobre él, cómo su boca y sus colmillos laceraban mis hombros y mi cuello al momento de unirse a mí en un movimiento ondulatorio. Entonces pasé mi mano por su espalda y hundí mis uñas hasta sentir el ardor de su sangre; jalé su cabello hasta arquearla y así poder morder sus senos con ansia frenética que ella agradeció abriendo los ojos y aullando sin aliento. En un instante los dos gruñíamos retardando el final, haciéndonos tanto daño como podíamos con el suelo que parecía cubierto de pedernales afilados; nuestra sangre fluía, se cubría de arena y se confundió haciéndonos uno solo. No parpadeé siquiera ni al gritar el final en medio de la polvareda, ni ante el estremecimiento que nuestros

cuerpos desfallecidos y palpitantes causaron en la tierra que rugía bajo nosotros como pariendo más y más rocas.

Te dije que eras mío dijo Tzasná separándose de mí con una sonrisa irónica *Te dije que acabarías rindiéndote y abandonándote a mí para siempre, que te convertirías en ese deseo apagado que nos hace iguales y que te hará permanecer aquí, a mi lado, sin que tengas oportunidad de regresar*. Yo tenía los ojos secos de furia y los puños tan cerrados que me dolían. Dije No a través de los dientes apretados, No,Tzasná. *Ya no hay vuelta atrás, Epigmenio. No después de cómo te has rendido hoy* dijo ella alejándose sobre la arena y dejando salir de si una risa tan sonora y prolongada que no la dejó escuchar cómo mis dedos desprendieron esa roca del ardiente malpaís, ni cómo ésta volaba hacia ella durante un tiempo que me pareció eterno. Creo que no escuchó ni cómo se le rompió la cabeza. Sus ojos verdes quedaron abiertos bajo el sol que cubrían las nubes y entonces, sólo entonces, pude cerrar los míos.

Esta vez fui yo quien despertó a Azucena para que curara mis heridas. La sacudí por el hombro con cuidado de no manchar su ropa, y con el último aliento que me quedaba le dije: "Acabo de despertar, Azucena". Y no supe nada más.

Allá, en el horizonte, todo se veía como en un paisaje lunar

La noche parecía en calma

Desde que Epigmenio entró a la casa pude notar su desesperación. Había batallado con la cerradura como si esta se negara a abrir la boca, y el azotón de la puerta fue tan escandaloso que me hizo asomarme de la cocina hacia el pasillo. Ahí estaba él, sudoroso y jadeante, con la camisa desfajada, las bolsas del pantalón hacia afuera y el cabello hecho un desastre. Nunca lo había visto tan alterado. Sus manos eran un amasijo de dedos retorcidos y estaba blanco como la pared. En el suelo estaba lo que alguna vez había sido su sombrero, deforme y con el forro rasgado.

–¿Has visto mi canica? preguntó con el aliento entrecortado y en sus ojos un brillo esperanzado.

–No, Epigmenio– dije encongiéndome de hombros, intuyendo una tarde de búsqueda sin descanso.

–Tiene que estar por aquí en algún lado– susurró con la cabeza gacha y los brazos caídos sobre sus costados en actitud de total abatimiento –tiene que estar aquí.

Llevé a Epigmenio del brazo hasta un sillón de la sala, le alisé el cabello con los dedos y le traje un poco de agua que bebió muy despacio.

–A ver– le dije acuclillándome frente a él y en un tono que procuraba esconder la risa que me daba la situación –piensa, ¿dónde pudiste haberla dejado?

–No sé.

–Ayúdame, Epigmenio. ¿En un cajón, en la biblioteca, en otro saco, en el baño, en la taza del desayuno...?

Epigmenio negaba contundentemente con la cabeza cada opción que yo proponía hasta que finalmente decidió interrumpirme:

–Te digo que no sé.

–Ya la encontraremos– dije vencida mientras pasaba una mano sobre su cara y me levantaba.

Revolver cada cajón de ropa, sacudir cada prenda, revisar jarrones, floreros, marcos de cuadros (por citar escondrijos habituales), barrer debajo de los muebles, revisar alhajeros y remover tierra de macetas es una tarea que puede durar horas y felices días. Era ya muy de noche cuando en una esquina del cuarto, bajo la alfombra levantada, apareció la canica. Seguramente que el pasar la escoba tantas veces había hecho que cayera en ese rincón tan inaccesible a la vista. Además, al levantarla me pareció cambiada, diferente. No fue sólo darme cuenta de su color verde, que creí perdido desde hacía años. Fue como si pesara un poco más de lo normal, aunque no supe si fue por mi cansancio.

Epigmenio seguía sentado en el sillón de la sala tratando aún de recordar dónde la había dejado cuando se la entregué. Al verla dio un salto repentino hacia mí, pero no la tomó de la mano que yo le alargaba. En cambio, me abrazó con todas sus fuerzas y me besó en la mejilla al borde de las lágrimas. "Te amo, Azucena" me dijo. Después me ayudó a levantar el tiradero y me pidió que

cenáramos cualquier cosa antes de irnos a acostar. Se me hizo de lo más raro que esa noche no se encerrara en la biblioteca, pero se me olvidó después de que hicimos el amor y él se quedó dormido más apaciblemente que nunca. Sonreía, y a mí me ganó el sueño aunque había decidido cuidarlo. La noche parecía en calma.

Digo que parecía porque horas más tarde, inútil tratar de imaginar cuántas, me despertó un ruido trepidante pero fugaz. Encendí a tientas la luz del buró y miré a mi alrededor para sorprendida encontrar a Epigmenio sentado en el suelo a un lado de la cama con un martillo aún levantado en la mano y su canica hecha polvo sobre la duela. "Empaca lo que puedas, Azucena" dijo con voz firme. "Nos vamos".

Bajo la niebla

Apenas las montañas del entorno comenzaban a perder su color azul y la bruma se alzaba para dejar ver su verdor original tiñéndose de rojo. Por la calle empedrada que daba a la plaza corrían dos pies pequeños y descalzos inmunes ya a las aristas y las astillas. Lo hacían apresuradamente, despertando a algunos pájaros rezagados que saltaban de las ramas asustados por los gritos del niño y su vivo manoteo. Hombres y mujeres abrieron las ventanas para tratar de descubrir la razón de ese revuelo, pero sus preguntas se enfriaron en espera de un respuesta. No alcanzaban a ver más que la silueta del niño perdiéndose calle abajo.

Al llegar a una vieja casa de adobe, su mano hizo a un lado la cortina que hacía de puerta, y parándose en seco, repitió el grito a espaldas de una mujer encorvada frente al fogón.

–¡Mamá!

–Qué pasa– dijo la mujer sin distraerse.

–El fantasma del niño Epigmenio está muerto.

Sin voltear, sintiendo que las llamas casi acariciaban su cara de sombras ondulantes, la mujer se levantó para santiguarse.

–Anda y dile al párroco que qué espera– dijo al niño con voz casi inaudible –tiene que hacer repicar las campanas cuanto antes.

De caminos y plazas

El camino era y es largo. Aunque ahora es más rápido, pasa por casi los mismos lugares; unos pedregosos y yermos, de piedra roja y quebradiza, y otros verdes, plagados sus montes de órganos que dan la sensación de ir cruzando un alfiletero. En el cielo las nubes aparecen despeinadas y estáticas, como cortadas a navaja en su parte más cercana al suelo. Epigmenio mira con curiosidad por la ventanilla y pasa sus dedos entre los cabellos de Azucena, quien duerme sobre su hombro. Él ha querido despertarla; un extraño temor lo acosa al salir de cada curva, pero es que se ve tan tranquila así, casi abrazada a él, que Epigmenio no se atreve ni a moverse. Prefiere dejar que sueñe y no se dé cuenta del temblor que lo recorre al saberse cerca, pues ya adelante comienzan a verse las luces de la ciudad que se encienden una por una al expirar la tarde, cuando el sol agoniza entre las montañas.

Ciudad de cantera verde, con una iglesia en cada esquina y gente malencarada en cuyos rostros Epigmenio cree reconocerse. En el aire se respira la feria coronada por una larga fila de globeros en la plaza, niños que corretean incansables y el estrépito de platos de barro que vuelan erráticos para hacerse pedazos en el suelo después de terminado el buñuelo con miel que contenían. Los árboles están llenos de pájaros silentes que buscan cobijo del viento, y ahí, debajo

y sentados en una banca metálica, están Azucena y Epigmenio.

A él le gusta sentarse a escuchar la música en las plazas. No importa desde dónde; Epigmenio simplemente ve cómo se acomodan los de la orquesta, cómo toman su lugar de acuerdo al instrumento que tocan –sitio que a él le gusta adivinar– para después cerrar los ojos cuando el director levanta los brazos y hace comenzar la pieza. Así, a ciegas, Epigmenio enfoca su oído en las notas de un solo instrumento y lo separa de los demás sin restarles importancia, siguiendo las notas que le asigna la partitura de tonadas que pueden ir de lo fúnebre a lo festivo. A él le da igual. Todas lo hacen estremecerse y seguir con su cuerpo el compás.

A ratos le toma la mano a Azucena y sonríe. Ahora se pone de pie, aplaude, mira a su alrededor asombrado de tanta felicidad, de tanto alboroto, de tanto ruido; algo parece llamar su atención, su semblante cambia de improviso. Cierra los ojos en un gesto idéntico al acostumbrado durante la música de las orquestas, selecciona en el aire un sonido en particular, uno lejano, insistente y marcadamente triste, campanas que llenan su cabeza y no lo dejan escuchar nada más, ni siquiera a Azucena que tira de sus ropas y lo zarandea presa de la preocupación.

Finalmente Epigmenio regresa y restriega sus ojos adoloridos de tan apretados. Azucena duerme a su lado en la banca. La gente se ha ido y sólo queda la basura arrastrada por un viento ya sin

ganas proveniente de la sierra que para esas horas ya es sólo una sombra más oscura que la noche. Epigmenio despierta a Azucena con un beso en la frente, le murmura algo al oído y, tomados del brazo, caminan bajo los árboles para salir de la plaza, donde se pierden tras dar la vuelta hacia una calle en absoluta penumbra.

Sobre y bajo la tierra

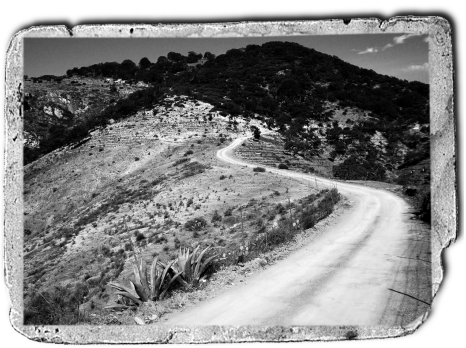
Ni un solo ruido. Ni una brizna de viento. Ni un alma. Sólo niebla reptando bajo los árboles. Las torres de la iglesia se levantan, grises, sobre las calles cubiertas de rocío. Una lluvia de gotas pequeñísimas moja las caras de los recién llegados a Ayutla. Vienen de la mano con un paso breve pero firme. Hace poco que amaneció, pero en el pueblo no se escuchan ni la molienda ni los pájaros, y puede palparse en las paredes quebradas un aroma de foto en sepia, mudo y carcomido.

Las campanas también han enmudecido y Epigmenio no puede reprimir un estremecimiento ante las puertas del templo, que yacen abiertas y a punto de caer de tan viejas. En el atrio, que Azucena no pudo pisar al ser detenida por el brazo de Epigmenio, cientos de ceras y veladoras escurren sobre el piso manteniéndose encendidas como por obra de un milagro.

Las ruinas de la casa Farías casi han desaparecido y se esconden bajo el paisaje del pavimento y el musgo. Sólo Azucena las vio, porque supo imaginarlas, dándoles forma. Epigmenio no levantó la vista del suelo que reconoció como el parque y en su cara se dibujó una fugaz sonrisa que ella disfrutó calladamente. Epigmenio alzó entonces la cabeza alertado por un débil siseo que se perdía entre las casas y que él trató de seguir por medio de sus recuerdos, pero todo estaba tan cambiado, y él se había esforzado tanto en olvidar, que no pudo

dar con el camino. Todo seguía desierto. Azucena se había quedado atrás sabiendo que no podría interferir, que Epigmenio hallaría la forma de dar con ese ruido que era lo único vivo en Ayutla. Dejó de mirarlo sólo por un momento al darse la vuelta para saber cuánto habían caminado. Fue cuando sintió ese viento helado que rompió con su tranquilidad y la del pueblo. Casi sin poder moverse, Azucena volvió la cara hacia Epigmenio en un intento por advertirle. Ahí estaba él, discutiendo airadamente con un anciano que parecía reprenderlo y que lo empujaba calle abajo como queriendo sacarlo de Ayutla a toda costa. El viejo le hablaba por su nombre pero Epigmenio no decía palabra; por lo menos ninguna hasta aquel estallido como de trueno que retumbó al salir de su boca, en forma de un decidido y final *No* que fue a estrellarse sobre el pecho de Don Rosendo. Azucena comprendió entonces que esas dos letras bastarían para detener aquel frío que atormentaba a Ayutla, devolviéndole su habitual aspecto melancólico.

El siseo se convirtió en un murmullo al pasar junto a los muros de la iglesia. Ya el cielo presagiaba tormenta cuando Epigmenio se asomó entre los barrotes de la verja y vio a toda la gente reunida y rezando. Ahí estaban todas esas cruces que él recordaba y algunas caras que le fueron vagamente conocidas, perdidas como la suya detrás de arrugas y cuerpos gastados.

Epigmenio había llegado a tiempo para su entierro, y junto con Azucena se fue metiendo entre

la gente, que ni siquiera volteó a mirarlos, hasta alcanzar a ver cómo paleaban tierra sobre su ataúd de niño. Y sobre las lágrimas en la tierra esparció el polvo de su canica con una sonrisa que no pudo ver nadie, pues ya iba de salida con Azucena hacia donde el camino se pierde sin rumbo en la sierra de todos los días.